

La humildad, camino de perfección y cimiento del castillo interior

M^a del Carmen GARCÍA ESTRADÉ
Alcalá de Henares (Madrid)

- I. Introducción.**
- II. La humildad en la Orden de las carmelitas descalzas, a través de la Regla y la Constitución.**
- III. Qué no es la humildad.**
 - 3.1. La falsa humildad y el ejemplo de las mercedes del rey.*
 - 3.2. La petición de mercedes y regalos en la oración no es humildad.*
 - 3.3. Las tentaciones de la falsa humildad.*
- IV. La verdadera humildad y el verdadero humilde.**
 - 4.1. La verdadera humildad.*
 - 4.2. El verdadero humilde.*
- V. La Virgen, modelo y guía de humildad.**
- VI. La humildad de Dios.**
 - 6.1. La humildad de Dios es habitar su Grandeza en nuestra pequeña alma.*
 - 6.2. La petición del Hijo al Padre Eterno de la licencia para quedarse siempre con nosotros y renovar cada día el sufrimiento de su pasión y muerte de cruz.*
 - 6.3. Dios acoge a los humildes: el ejemplo de un pastorcito y del letrado soberbio.*
 - 6.4. La humildad de Dios en la enseñanza de la oración del padrenuestro.*
 - 6.5. La grandeza y humildad de Dios se iguala a nuestra pequeñez, como se manifiesta en el padrenuestro.*

- VII. ¿Por qué Dios es tan amigo de la humildad? Definición de la humildad.**
- VIII. La loa de la humildad.**
- IX. Conclusiones.**
- X. Referencias bibliográficas.**

"

I. INTRODUCCIÓN

Un castillo interior de diamante o cristal muy claro es la labor a que están convocadas las carmelitas descalzas en su vida espiritual: sus muros son las virtudes, y el cimiento, que lo sustenta, la humildad. Dice Osuna, en su *Tercer abecedario espiritual*: «la humildad debe ser como un abrir los cimientos y hacer la zanja para el edificio»¹.

La humildad procede del término latino 'humus', que dice tierra, lo más bajo, lo que todos pisan al andar, Y así lo confirma Sebastián de Covarrubias en *Tesoro de la lengua castellana o española*, primer diccionario de nuestra lengua: «digo que humilde, humildad, humillación, etc., traen su origen en *humus, humi*, que es tierra»². Pensaba Mahatma Gandhi (1869-1948) que «Uno debe ser tan humilde como el polvo para poder descubrir la verdad». Es decir, la verdad y la humildad andan juntas. Un santo, Pedro de Alcántara, citado por la madre Teresa en sus obras, considera la humildad, madre de todas las virtudes, como también revela santa Clara este valor: «grandes muros son los de la pobreza. De éstos, decía ella, y de humildad quería cercar sus monasterios»³. En la literatura, Cervantes insiste también en que la humildad es la base y fundamento de todas las virtudes, pues sin ella no hay ninguna que lo sea, y Lope de Vega deja un hueco, en el título de una de sus obras dramáticas, para dar cabida a la humildad. La obra es: *Triunfo de la humildad y soberbia abatida*⁴. Un rosario es la humildad, cuyas cuentas son los pensamientos que escritores y santos desgranar en torno a ella.

La humildad es una palabra que aparece con frecuencia en *Las Moradas*, escritas por Teresa de Jesús. El término se hace presente tantas veces que me sorprendía y a la vez me dejaba sorprender, cuando lo leía en el libro. No obstante, solo al encontrar que el concepto de humildad, explicado por la Doctora Mística, parecía coincidía con el mío, en ese momento, me determiné a tomarme el trabajo de estudiar este motivo más profundamente. Había elaborado hacía ya mucho tiempo, con las plumas de las aves y los peldaños de la escalera, mi

¹ OSUNA, F. de, *Tercer abecedario espiritual*, Tratado XIX, p. 502.

² *Tesoro de la lengua castellana o española*, p. 705.

³ *Camino de perfección*, 2, 8, p. 56.

⁴ La obra es de 1618 y está editada por Juan de la Cuesta.

propia definición de humildad: la humildad no consiste en adornarse con plumas ajenas, ni tampoco en situarse, en la escalera, peldaños más abajo de lo que nos corresponde. Es decir, se trata de enjuiciarse a sí mismo, a otras personas y a diversas situaciones, según un criterio de realidad y de atender la verdad de los hechos. Quise saber, entonces, si mi definición se aproximaba a la suya y cuál era la definición de humildad de la Santa Madre.

El objetivo de este trabajo es, pues, recoger el pensamiento de Teresa de Jesús sobre la humildad, dispersado en dos obras suyas: *Camino de perfección* y *Castillo interior o Las moradas*⁵ para responder a estas preguntas: ¿Qué lugar tiene la humildad en la Regla y la Constitución del Carmelo Descalzo? ¿Qué no es la humildad? ¿Cuál es la verdadera humildad y el verdadero humilde? ¿Quién es la guía de humildad? ¿En qué consiste la humildad de Dios? ¿Cómo define Teresa de Jesús la humildad? El estudio termina en unas conclusiones, a las que siguen las abreviaturas y las referencias bibliográficas. A dar respuesta a estas preguntas se dedican los siguientes capítulos.

II. LA HUMILDAD EN LA ORDEN DE LAS CARMELITAS DESCALZAS, A TRAVÉS DE LA REGLA Y LA CONSTITUCIÓN

La Regla de las Carmelitas Descalzas tiene un doble carácter: espiritual y normativo. Contiene las disposiciones a las que las monjas deben adaptar su vida espiritual y la práctica cotidiana. Entre ellas, destaca que sólo deben ser trece las religiosas de cada convento; que deben vivir en la pobreza, inspirada por Cristo, sin tener renta⁶; que deben trabajar para comer; que deben abstenerse de carne, salvo necesidad por enfermedad; que deben practicar el ayuno y la disciplina, además del silencio⁷ y que deben vivir en oración⁸. En este marco, se encuentra la humildad.

⁵ Se ha utilizado, en las citas, las siguientes ediciones: *Camino de perfección*, introducción de José Vicente RODRÍGUEZ; edición de Salvador ROS GARCÍA, Editorial Monte Carmelo, Madrid 2008. El autógrafo de la primera redacción se conoce como *Códice de El Escorial*, por conservarse en su biblioteca, por orden de Felipe II; el de la segunda redacción, *Códice de Valladolid*, está en el convento de las Carmelitas Descalzas de esta ciudad; Para *Castillo interior*, se sigue la edición con estudio preliminar de F. C. SÁINZ DE ROBLES, Aguilar, Madrid 1970. Se tiene en cuenta la edición de M^a Jesús MANCHO DUQUE (*Camino*) y de Yolanda ARENCIBIA (*Moradas*).

⁶ Ya desde el segundo capítulo de *Camino de Perfección*, se alude a la renta: «Pues dejáis la renta, dejad el cuidado de la comida; si no, todo va perdido» (*Camino de Perfección*, 2, 1; en adelante, CP). Y más adelante, dice: «Pues hacer mucho ruido al caerse casa de trece pobrecillas, no es bien, que los pobres verdaderos no han de hacer ruido» (CP 2, 10).

⁷ Se mencionan estas tres prácticas, ayuno, disciplina y silencio, en: «Con que se haga esto [la oración] con todo el cuidado que pudiéramos, que es lo más importante, no se dejarán de cumplir los ayunos, disciplinas y silencio que manda la Orden» (CP 2, 2).

⁸ Teresa de Jesús recuerda la Regla a sus monjas, en el punto de la oración: «Dice en la primera Regla nuestra que oremos sin cesar [Regla carmelitana, n^o 8]» (CP 2, 2).

Cuando Teresa de Jesús escribe *Camino de perfección*, sintetiza la Constitución en tres principios, que interesa mucho observar para vivir en armonía dentro del convento, y encarga a sus monjas tres obediencias: «la una es amor unas con otras; otra, desasimiento de todo lo criado, la otra, verdadera humildad, que aunque la digo a la postre, es la principal y las abraza a todas» (CP 4, 4). De este modo, en una breve fórmula, reduce a tres las directrices fundamentales en su vida religiosa. La humildad es cabeza y cimiento de estas directrices y de todas las virtudes que necesitan alcanzar. Por ello, se referirá a la humildad frecuentemente en la exposición de diferentes cuestiones en la obra citada y en sus otros escritos.

Pero, al tiempo que es la humildad un fin inamovible de la Orden, encuentra Teresa alguna norma que parece contradecirlo, donde se honra a la priora por encima de las demás religiosas, y, con un sentido crítico inigualable y, audazmente, señala lo siguiente: «Pues entre nosotras, la que ha sido priora, ha de quedar inhabilitada para otro oficio más bajo; un mirar en la que es más antigua, que esto no se nos olvida, y aun a las veces parece merecemos en ello, porque lo manda la Orden» (CP 36, 4). Tanto le importa guardar humildad y es virtud tan preciosa y precisa para ella que no duda en descuidar esta norma:

«Sí que no manda la Orden que no tengamos humildad. Manda que haya concierto. Mas yo no he de estar tan concertada en cosas de mi estima, que tenga tanto cuidado en este punto de la Orden como de otras cosas de ella., que por ventura guardaremos imperfectamente; no esté toda nuestra perfección de guardarla en esto; otras lo mirarán por mí, si yo me descuido» (CP 36, 5).

Y vuelve los ojos al Señor, el mayor ejemplo de humildad y de honra verdadera: «¿Sois Vos nuestro dechado y Maestro? Sí, por cierto. ¿Pues en qué estuvo vuestra honra, Honrador nuestro? ¿No la perdisteis, por cierto, en ser humillado hasta la muerte? No, Señor, sino que la ganasteis para todos» (CP 36, 6). Teresa de Jesús está decidida a tener humildad por encima de la honra. E inculcando este ejercicio a sus monjas, les enseña qué es humildad⁹.

III. QUÉ NO ES LA HUMILDAD

Antes de definir qué es la humildad, trata Teresa de Jesús sobre lo que no es la humildad, y aquí viene el decir cuáles son los encogimientos faltos de

⁹ En la primera redacción de este estudio, se insertaba, donde ahora está el capítulo III, otro, de ocho páginas, «La humildad en la oración», ahora suprimido por su extensión.

humildad y extenderse en declararlo, distinguiendo la falsa humildad, de la humildad verdadera.

3.1. *La falsa humildad y el ejemplo de las mercedes del rey*

Identifica la santa abulense los encogimientos del ánimo con la falsa humildad y advierte a sus religiosas que no es esta la manera de proceder, cuando reciben las mercedes divinas: «Déjese de unos encogimientos que tienen algunas personas, y piensan es humildad. Sí, que no está la humildad en que si el rey os hace una merced no la toméis, sino tomarla y entender cuán sobrada os viene y holgaros con ella» (CP 28, 3). E, introducido el tema, prosigue irónicamente:

«¡Donosa humildad, que me tenga yo al Emperador del cielo y la tierra en mi casa, que se viene a ella por hacerme merced y holgarse conmigo, y que por humildad ni le quiera responder ni estarme con Él, ni tomar lo que me da, sino que le deje solo que estándome diciendo y rogando que pida, por humildad me quede pobre, y aun le deje ir porque ve que no acabo de determinarme!» (CP 28, 3).

Y, después de esta acertada representación, se dirige a sus hermanas para recomendarles que no tengan esta respuesta pues, pareciendo humildad, es falsa humildad y les describe el modo de comportarse cuando estén a solas con Dios: «No os curéis hijas de estas humildades, sino tratad con Él como con padre y como con hermano y como con señor y como con esposo; a veces de una manera, a veces de otra, que Él os enseñará lo que habéis de hacer para contentarle» CP 28, 3).

Finalmente, pone esta advertencia: «Dejáos de ser bobas; pedidle la palabra, que vuestro Esposo es, que os trate como a tal» (CP 28, 3). No cabe duda: es el estilo de santa Teresa, colocando cada cosa en su sitio, con energía.

3.2. *La petición de regalos y mercedes de la oración no es humildad*

Teresa de Jesús reprocha también a sus monjas el comportamiento contrario: que pidan al Señor los *regalos* y mercedes de la oración. Exhorta a sus hermanas a que dejen cumplir a Dios su voluntad en ellas y acude al argumento de la humildad para poner en evidencia esta negativa actitud:

«Así que, hermanas, no sabemos lo que pedimos; dejemos hacer al Señor que hay algunas personas que por su justicia parece que quieren

pedir a Dios regalos. ¡Donosa manera de humildad! Por eso, hace bien el conocedor de todos, que pocas veces creo los da a éstos: ve claro que no son para beber el cáliz» (CP 18, 6)¹⁰.

3.3. *Las tentaciones de la falsa humildad*

Dos son las tentaciones en que puede traer el demonio gran daño al alma: una, hacer creer que todo es ruindad y miseria en la propia alma y bien en el obrar ajeno; otra, contraria, la confianza y seguridad en las propias virtudes (CP 39).

Habla la priora respecto de la primera: «Pues, guardaos también, hijas, de unas humildades que pone el demonio con gran inquietud de la gravedad de nuestros pecados»¹¹. Y más adelante, continúa con la descripción de esta inquietud: «Todo le parece peligro lo que trata y sin fruto lo que sirve, por bueno que sea. Dale una desconfianza, que se le caen los brazos para hacer ningún bien, porque le parece que lo que lo es en los otros, en ella es mal» (CP 39, 1). De nuevo, insiste en las dos clases de humildades: la buena procede de Dios y la falsa humildad viene del demonio: «Mirad mucho, hijas, en este punto que os diré porque algunas veces podrá ser humildad y virtud teneros por tan ruin, y otras, grandísima tentación». Describe cómo es cada una:

«La humildad no inquieta, ni desasosiega ni alborota el alma, por grande que sea, sino viene con paz y regalo y sosiego. [...]. Estotra pena todo lo turba, todo lo alborota, toda el alma revuelve, es muy penosa. Creo pretende el demonio que pensemos tenemos humildad y, si pudiese, a vueltas que desconfiásemos de Dios» (CP 39, 2).

En esta distinción, se identifica a Dios con la paz y el orden y al demonio, con la inquietud y la guerra del alma. Y propone Teresa de Jesús a sus hermanas una solución para acabar con estas perturbaciones: «Cuando así os hallareis, atajad el pensamiento de vuestra miseria lo más que pudiereis y ponedle en la misericordia de Dios y en lo que nos ama y padeció por nosotros» (CP 39, 3).

En cuanto a la segunda tentación, la priora dice:

¹⁰ Mt 20, 22 «Mas Jesús le dio por respuesta [a la madre de los hijos de Zebedeo]: No sabéis lo que os pedís. ¿Podéis beber el cáliz de la pasión que yo tengo de beber? Dícnle: Bien podemos».

¹¹ En este punto, el *Códice de El Escorial* añade unos ejemplos de los escrúpulos que pone el demonio: «... pecados pasados», «si merezco llegarme al Sacramento», «si me dispuse bien», «si no soy para vivir entre buenos». Cita recogida de MANCHO DUQUE, edición de *Camino de perfección*, Madrid 2015, p. 253, nota a pie de página, 774.

«Pone otra bien peligrosa, que es una seguridad de parecernos que en ninguna manera tomaríamos a las culpas pasadas y contentos del mundo. [...]. Así que, aunque más gustos y prendas de amor el Señor os dé, nunca tanto andéis seguras que dejéis de temer podéis tornar a caer, y guardaros de las ocasiones» (CP 39, 4).

Se constatan los avisos de la Santa en ejemplos concretos, porque su intención es resolver los problemas particulares de sus monjas, previniendo todos los riesgos de la vida interior y de la intervención demoníaca. Su amor y responsabilidad quedan patentes con esta transmisión de sus propias experiencias.

IV. LA VERDADERA HUMILDAD Y EL VERDADERO HUMILDE

Teresa de Jesús afina el sentido de humildad, hablando a sus hermanas sobre lo que es la verdadera humildad y el verdadero humilde. La manera de incluir estas citas en su conversación no consiste en agruparlas todas en un mismo capítulo, sino que las hace aparecer, aquí y allá, en las diferentes cuestiones que trata.

4.1. *La verdadera humildad*

La verdadera humildad reside en desasirse del mundo, imitar a Cristo y proceder de Dios; ella nos granjea su socorro, nos cura las heridas y nos hace acatar su voluntad.

4.1.1. La verdadera humildad va unida al desasimiento del mundo.

«Aquí [en el motivo del desasimiento] puede entrar la verdadera humildad porque esta virtud y estotra [el desasimiento] paréceme andan siempre juntas. Son dos hermanas que no hay para qué las apartar. No son éstos los deudos de que yo aviso se aparten, sino que los abracen, y las amen y nunca se vean sin ellas» (CP 10, 3). En *La Vida* (cp. 20; en adelante, V) se mantiene el mismo pensamiento dado a entender con bellos símbolos hortelanos: «Aquí [en el desasimiento] se gana la verdadera humildad para no dársele nada de decir bienes de sí, ni que lo digan otros. Reparte el Señor del huerto la fruta y no ella, y así no se le pega nada a las manos».

4.1.2. La verdadera humildad imita a Cristo y calla ante las ofensas sin culpa.

«[...] es de gran humildad verse condenar sin culpa y callar, y es gran imitación del Señor que nos quitó todas las culpas» (CP 15, 1). En otra

cita, reafirma esta idea: «Porque si quiere imitar al Señor, ¿en qué mejor puede que en esto [callar cuando es culpado sin culpa]?» (CP 15, 2).

4.1.3. La verdadera humildad viene de Dios.

«Creo va mucho en acostumbrarse a esta virtud [humildad], o en procurar alcanzar del Señor verdadera humildad, que de aquí debe venir» (CP 15, 2). Y añade más adelante: «[...] aquí [en imitar a Cristo, lo que es verdadera humildad] no son necesarias fuerzas corporales ni de nadie, sino de Dios» (CP 15, 2).

4.1.4. La verdadera humildad nos granjea el socorro de Dios y cura las heridas.

«Verdad es que, sirviendo con humildad, en fin nos socorre el Señor en las necesidades; mas si no hay muy de veras esta virtud, a cada paso - como dicen- os dejará el Señor. Y es grandísima merced suya, que es para que la tengáis y entendáis con verdad que no tenemos nada que no lo recibimos» (1, Cor 4.7). Nótese que Teresa pone en boca de otros, «como dicen», la idea de que sin humildad el Señor se aleja, no queriendo incurrir en responsabilidades. «[...] humildad que es el unguento de nuestras heridas, porque si la hay de veras, aunque tarde algún tiempo, vendrá el cirujano, que es Dios, a sanarnos» (Moradas, III, 2,6; en adelante, M).

4.1.5. La verdadera humildad es aceptar la voluntad de Dios.

«Miren que la verdadera humildad está mucho en contentarse con lo que el Señor quisiere hacer de ellos y siempre hallarse indignos de llamarse sus siervos» (CP 17, 6).

4.2. *El verdadero humilde*

En cuanto al verdadero humilde, la Santa lo define falto de soberbia con lo cual, al no compararse con su prójimo, de donde nace la envidia, el verdadero humilde contribuye a la paz del convento y a una convivencia en armonía con sus semejantes y, al tiempo, reafirma esta actitud humilde cuando dice de él que no considera sus virtudes, desconfiando de sus fuerzas pero se da cuenta de las virtudes ajenas. No puede hilar más fino la priora para atender el imprescindible sosiego de su casa. También añade que el verdadero humilde imita a Cristo.

4.2.1. El verdadero humilde no se iguala a los mejores en perfección moral.

«¿Cómo podrá el verdadero humilde pensar que es él tan bueno como los que llegan a contemplación?» (CP 17, 1). Manifiesta que el verdadero humilde no es ostentoso ni osa igualarse a los mejores.

4.2.2. El verdadero humilde desconfía de sus virtudes y las ve más ciertas en el prójimo.

«Mas tornóos [a] avisar que, aunque os parezca la tenéis [virtud] temáis que os engaáis. Porque el verdadero humilde siempre anda dudoso en virtudes propias, y muy ordinariamente le parecen más ciertas y de más valor las que ve en sus prójimos» (CP, 38, 8). Considera Teresa de Jesús que la seguridad en las propias virtudes es una tentación del demonio, por la que puede hacer gran daño al alma porque procura la vanagloria y quiebra la humildad.

4.2.3. El verdadero humilde imita a Cristo y desea ser tenido en poco y condenados sin culpa:

«El verdadero humilde ha de desear con verdad ser tenido en poco y perseguido y condenado sin culpa aun en cosas graves. Porque si quiere imitar al Señor, ¿en qué mejor puede que en esto?» (CP 15, 2).

En síntesis, la verdadera humildad y el verdadero humilde, como debe ser, coinciden en la mayoría de sus parámetros.

V. LA VIRGEN, MODELO Y GUÍA DE HUMILDAD

Y ¿a quién, modelo de perfección, podremos mirar y ofrecer nuestro corazón para que en él labre el prodigio de la humildad? ¿Quién será nuestra guía, en este camino de humildad?

Teresa de Jesús está hablando a sus hermanas sobre la importancia de no justificar sus imperfecciones, y, para rebatir sus excusas, se apoya en el Señor, pues:

«¿Parece que había razón para que el buen Jesús sufriese tantas injurias y se las hiciesen y tantas sinrazones? La que no quisiere llevar cruz, sino la que le dieran muy puesta en razón, no sé yo para qué está en el monasterio, tórnese al mundo, adonde aún no le guardarán esas razones» (CP 13, 1).

Trata, a la vez, el tema de la honra, práctica que hay que despreciar en este mundo, para desasirnos de él, y ya que la honra, con sus regalos, se relaciona, por oposición, con la deshonra y sus agravios, recomienda la madre Teresa, con una bella imagen, extraída del matrimonio, que si gozamos del reino de los cielos, también hemos de tener parte en los agravios que se hacen al Rey de ellos y plantea, con agudeza, esta radical alternativa: «O somos esposas de tan gran Rey, o no». Y, si se contesta afirmativamente, no tenemos más remedio que participar también en las deshonras que le hacen, «Pues tener parte en su reino y gozarle, y de las deshonras y trabajos querer quedar sin ninguna parte, es disparate», (CP 13, 3). Su expresión, tajante, procede de la reciedumbre de su conciencia y de la inflamación en el fuego de amor divino. Por esto, considera bienaventurada a la que sufre agravios, que «si lo lleva como lo ha de llevar, [sepa] que no le faltará honra en esta vida ni en la otra» (CP 13, 2). Estas citas del discurso sobre la honra desembocan en el camino de humildad. Y para potenciar sus argumentos, santa Teresa se basa en la Biblia; pide que no la crean a ella, sino a la misma Sabiduría, apuntando para dignificar los agravios, al pasaje de la cena en casa del fariseo, donde Jesús dice: «Así es que cualquiera que se ensalza, será humillado; y quien se humilla, será ensalzado» (Lc 14, 11).

Pero, para llegar al puerto seguro de la humildad, manifestado en la sentencia de Jesús, se necesita un faro que ilumine la ruta, y Teresa indica cuál ha de ser la guía de humildad, con estas eficaces y apropiadas palabras:

«Parezcámonos, hijas mías, en algo a la gran humildad de la Virgen Sacratísima, cuyo hábito traemos¹², que es confusión nombrarnos monjas suyas; que por mucho que nos parezca nos humillamos, quedamos bien cortas para ser hijas de tal Madre y esposas de tal Esposo. Así, que si las cosas dichas no se atajan con diligencia, lo que hoy no parece nada, mañana por ventura será pecado venial; y es de tan mala digestión, que si os dejáseis no quedará solo. Es cosa muy mala para congregaciones» (CP 13, 3).

El argumento empleado, la Virgen, guía de humildad, se funda en razón, como muestra el Nuevo Testamento, en la Anunciación, «Entonces dijo María: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí, según tu palabra» (Lc 1, 38), y en la visita a su parienta Isabel, cuando María responde a su salutación: «Mi alma glorifica al Señor, [...] porque ha puesto los ojos en la baja de su esclava;

¹² La referencia al hábito de Nuestra Señora del Carmen, que visten las carmelitas, se halla también en M III, 1: «Más bien sabe Su Majestad que sólo puedo presumir de su misericordia [...] y confiar en los méritos de su Hijo y de la Virgen, madre suya, cuyo hábito indignamente traigo y tráis vosotras».

[...]. Hizo alarde del poder de su brazo; deshizo las miras del corazón de los soberbios. Derribió del solio a los poderosos y ensalzó a los humildes» (Lc 1, 46-52), donde se muestra la humildad de la Virgen¹³ al considerarse, en ambos ejemplos, esclava del Señor.

En este pasaje, Teresa de Jesús acude a una referencia muy conocida por sus religiosas: la evidencia del hábito. Se muestra así la pedagogía teresiana en el proceso de la comunicación, pues busca llegar al corazón de las destinatarias de su mensaje con los ejemplos más sencillos y con las imágenes más familiares (vestir el hábito de la Virgen, ser hija y esposa), cuya interpretación, por la propia experiencia, está al alcance de todas, incluso, la más sencilla de ellas lo puede comprender. Y, de este modo, establece la diferencia que hay entre la humildad de la Virgen y lo cortas que ellas quedan, por mucho que les parezca que se humillan.

VI. LA HUMILDAD DE DIOS

Si la Virgen debe ser la guía de la humildad para las religiosas carmelitas descalzas que visten su hábito, la humildad de Dios se manifiesta en la persona de Jesús, ejemplo de humildad. He aquí algunos de los motivos expuestos, las cuentas del rosario de humildad que Teresa de Jesús desgrana para meditación de sus hermanas, cuando reflexiona sobre el padrenuestro a fin de encauzar su oración vocal y mental.

6.1. *La humildad de Dios es habitar su Grandeza en nuestra pequeña alma*

Teresa de Jesús se sorprende y admira al percibir la humildad de Dios: esta consiste en, siendo él tan grande, dignarse habitar en el alma nuestra tan pequeña. Ahora ve claro quién habita su alma, pues, antes, cegada por las vanidades del mundo, no lo había entendido:

«Que a mi parecer, si como ahora entiendo que en este palacio pequeñito de mi alma cabe tan gran Rey, que no le dejara tantas veces solo; alguna me estuviera con Él, y más procurara que no estuviera tan sucia. Mas ¡qué cosa de tanta admiración, quien hinchiera mil mundos y muy muchos

¹³ La Virgen de la Humildad es una advocación mariana. Iconográficamente, se representa a la Virgen sentada en un cojín bajo, colocado en el suelo; lleva al Niño Jesús en sus brazos y se enmarcan los personajes en unos bellos paños. Véase la figura 1, *La Virgen de la Humildad*, de Fra Angelico.

más con su grandeza, encerrarse en una cosa tan pequeña! A la verdad, como es Señor, consigo trae la libertad, y como nos ama, hácese a nuestra medida» (CP 28, 11).

«Hacerse a nuestra medida», qué acierto de expresión: indica que, en su humildad, Dios se iguala a nosotros, obligándose a empequeñecerse a la medida de nuestra pequeñez. La manera de categorizar la relación con tan gran Señor es acudir al tratamiento de «Rey», y transformar nuestra «pequeña alma» en «pequeño palacio» para albergarlo, respondiendo así a su majestad.

6.2. *La petición del Hijo al Padre Eterno de la licencia para quedarse siempre con nosotros y renovar cada día el sufrimiento de su pasión y muerte de cruz*

De este motivo, se ocupa santa Teresa al explicar cómo habiendo realizado el Hijo su plan salvífico por su pasión, muerte, resurrección y ascensión a los cielos, por cumplir la voluntad del Padre, que es una con la suya, quiso Jesús permanecer siempre con nosotros para despertarnos el ánimo al bien, dada nuestra flaca naturaleza, inclinada al mal: «no se queda para otra cosa con nosotros, sino para ayudarnos y animarnos y sustentarnos a hacer esta voluntad [la voluntad de Dios, a la que se refiere el padrenuestro “hágase tu voluntad, aquí en la tierra, como en el cielo”] que hemos dicho se cumpla en nosotros» (CP 34, 1).

Este quedarse con nosotros es la petición habida en el padrenuestro: «Dáenos hoy nuestro pan de cada día». Entiende Teresa por «pan», el «pan celestial» de la Eucaristía. La humildad de Jesús consiste en pedir licencia al Padre para quedarse con nosotros:

«[...] era tanta la humildad del buen Jesús, que quiso como pedir licencia, porque ya sabía que era amado del Padre y que se deleitaba en Él. Bien entendido que pedía más en esto que en todo lo demás, porque ya sabía la muerte que le habían de dar y las deshonras y afrentas que había de padecer» (CP 33, 2).

Y continúa, aclarando esta petición a sus hermanas: «Es como decirle que ya una vez nos le dio para que muriese por nosotros, que ya nuestro es; que no nos le torne a quitar hasta que se acabe el mundo; que le deje servir cada día» (CP 33, 4).

Por ello, al ver la entrega de Jesús y la codicia nuestra de no darnos, termina este capítulo refiriéndose de nuevo a la humildad de aquel y sintiendo lo poco que nosotros se lo agradecemos, al no corresponderle:

«¡Oh, Padre Eterno! ¡Qué mucho merece esta humildad! [...]. Como se hace aquí una cosa con nosotros, por la parte que tiene de nuestra naturaleza, y como Señor de su voluntad lo acuerda a su Padre, que -pues es suya- que nos la puede dar y así dice «pan nuestro». No hace diferencia de Él a nosotros, mas hacemosla nosotros de Él, para no nos dar cada día por su majestad» (CP 33, 5).

6.3. Dios acoge a los humildes: el ejemplo de un pastorcito y del letrado soberbio.

En todos estos testimonios de la humildad de Dios, ve Teresa de Jesús su grandeza al tener en cuenta a los más pequeños, sin dejar que la diferencia entre él y los hombres obstaculice su acercamiento y pone el ejemplo de su propia experiencia y el del pastorcito humilde, episodio ubicado en el capítulo sobre la oración mental:

«Razón es que, ya que por la humildad de este Rey, si como grosera no sé hablar con Él, no por eso me deja de oír, ni me deja de llegar a sí, ni me echan fuera sus guardas; porque saben bien los ángeles que están allí la condición de su Rey, que gusta más de estas groserías de un pastorcito humilde, que ve que si más supiera más dijera, que de los muy sabios y letrados por elegantes razonamientos que hagan, si no van con humildad» (CP 22, 4)

Curioso es el léxico referido al campo de la educación, en el concepto de «grosería», dentro del tratamiento entre personas. El adjetivo «grosera» está aplicado a sí misma y se recalca también las «groserías» en el habla del pastorcito. Estas palabras se usan lingüísticamente para calificar una conversación o manera de razonar, como indica Sebastián de Covarrubias, al explicar el término «grosero» del que recoge dos acepciones en lemas independientes:

GROSERO. «Vale tanto como rústico, poco cortesano, quando se dize del hombre o de su razonar y conversar».

La siguiente entrada, dice:

GROSERO. Todo aquello que está hecho sin pulicía, talle, ni arte; díxose de graso, que vale gordo y grueso, y grossería, la cosa hecha o dicha toscamente. Engrosar, lo mismo que engorda.

De aquí, se deduce la propiedad en el uso del léxico empleado por Teresa de Jesús, su facilidad y acierto para calificar y la fluidez de su lengua. Rasgos exquisitos para que sus explicaciones y conceptos sobre la oración y la humildad lleguen más eficazmente a ser descifrados.

6.4. *La humildad de Dios en la enseñanza de la oración del padrenuestro*

Ahora, Teresa de Jesús va a relacionar la humildad de Dios con la enseñanza del padrenuestro, cuando explica a sus hermanas cómo es la oración vocal y les enseña a recoger el alma para hablar con Dios; su discurso se dirige, especialmente, a aquellas que tienen el pensamiento disperso y les cuesta concentrarse¹⁴. La Santa acude a la metáfora del maestro y el discípulo, para mejor hacerse entender:

«Procurad luego, hija, si estáis sola, tener compañía. ¿Pues qué mejor que la del mismo Maestro que enseñó la oración [el Padrenuestro] que vais a rezar? Representad al mismo Señor junto con vos y mirad con qué amor y humildad os está enseñando; y, creedme, mientras pudiereis, no estéis sin tan buen amigo» (CP 26, 1).

La humildad, junto al amor, es el rasgo por excelencia del trato entre maestro y discípulo. El capítulo se cierra, ponderando el amor del Maestro en la enseñanza del padrenuestro: «¡Mirad las palabras que dice aquella boca divina, que en la primera [«Padre»] entenderéis luego el amor que os tiene, que no es pequeño bien y regalo del discípulo ver que su maestro le ama» (CP 26, 10).

La conclusión no se hace esperar: «Pues deprendamos, hermanas, de la humildad con que nos enseña este nuestro buen Maestro» (CP 42, 6)¹⁵. El Maestro de humildad es Jesús.

6.5. *La grandeza y humildad de Dios se iguala a nuestra pequeñez, al hacernos hijos suyos y hermanos de Cristo, como se manifiesta en el padrenuestro*

Jesucristo, siendo Dios, se iguala a los hombres mostrándose hermano nuestro y, por ello, todos tenemos el mismo padre¹⁶ y se admira Teresa de Jesús, ante

¹⁴ Así dice: «¡Oh hermanas, las que no podéis tener mucho discurso del entendimiento, ni podéis tener el pensamiento sin divertirnos [sin distraeros]!» (CP 26, 2).

¹⁵ Se presenta esta cita «[...] procuremos deprender de tan excelente Maestro, la humildad con que ora» en la primera redacción del actual capítulo 42, 5, como se indica en la edición de *Camino de perfección*, de ROS GARCÍA.

¹⁶ GAITÁN DE ROJAS destaca la relación filial entre Dios Padre y su Hijo, que nos habla del Padre, pero que, sobre todo, habla al Padre en nombre propio y en el nuestro y valora que

la generosidad divina, cuando considera la primera palabra con que comienza el padrenuestro, «Padre», cuyo significado hace que se desborde su sentimiento en un emotivo discurso:

«¡Oh, Hijo de Dios y Señor mío!, ¿cómo dais tanto junto a la primera palabra? Ya que os humilláis a Vos con extremo tan grande en juntaros con nosotros al pedir y haceros hermano de cosa tan baja y miserable, ¿cómo nos dáis en nombre de Vuestro Padre todo lo que se puede dar, pues queréis que nos tenga por hijos, que vuestra palabra no puede faltar?» (CP 27, 2).

La creencia de la Santa Madre en la palabra de Jesús («que vuestra palabra no puede faltar») nos lleva al evangelio de Lucas, en el episodio que anuncia la llegada del Espíritu Santo, en Pentecostés, cuando después de resucitado, Jesucristo se aparece a sus discípulos para mostrarles cómo se cumplen las Escrituras (Lc, 24, 44-48):

«44. Díjoles enseguida: Ved ahí lo que os decía cuando estaba aún con vosotros, que era necesario que se cumpliese todo cuanto está escrito de mí en la ley de Moisés, y en los profetas y en los salmos. 45. Entonces les abrió el entendimiento para que entendiesen las Escrituras. 46. Y les dijo: Así estaba ya escrito y así era necesario que el Cristo padeciese, y que resucitase de entre los muertos al tercer día. 47. y que en nombre suyo se predicase la penitencia y el perdón de los pecados a todas las naciones, empezando por Jerusalén. 48. Vosotros sois testigos de estas cosas».

Al magnífico don de la hermandad con Jesús, se une el regalo espléndido de la paternidad divina. Es esta, la paternidad que perdona, la paternidad que consuela, la paternidad que sustenta y la paternidad que nos hace herederos de su reino:

«Obligáisle a que la cumpla [su palabra], que no es pequeña carga, pues en siendo Padre nos ha de sufrir por graves que sean las ofensas. Si nos tornamos a Él, como al hijo pródigo hános de perdonar, hanos de consolar en nuestros trabajos, hanos de sustentar como lo ha de hacer un tal Padre -que forzado ha de ser mejor que todos los padres del mundo, porque en Él no puede haber sino todo bien cumplido- y después de todo esto hacernos participantes y herederos con Vos» (CP 27, 2).

Teresa explica el padrenuestro como modelo de oración filial, Véase «*Teresa de Jesús, maestra de oración (filial)*», pp. 209 y 210.

Estas palabras de la Doctora Mística van preñadas de referencias bíblicas: La alusión al perdón, en la parábola del hijo pródigo, se halla en Lc 15, 20; el consuelo de nuestros trabajos, en Mt 11, 28; el concepto del todo bien cumplido en el Padre, en Mt 7, 11 y el motivo de la herencia, en Gál 4,7. Su discurso se enraiza en las Sagradas Escrituras, sin desviarse un ápice de ellas y muestra un alma vibrante de amor y agradecimiento ante la magnificencia divina.

VII. ¿POR QUÉ EL SEÑOR ES TAN AMIGO DE LA VIRTUD DE LA HUMILDAD? DEFINICIÓN DE LA HUMILDAD

En *Las Moradas*, Teresa de Jesús nos presenta al Señor muy amigo de la humildad¹⁷ y confirma cómo gusta tanto de la humildad por medio de un ejemplo:

«[El Señor] es muy amigo de humildad. Con teneros por tales [por humildes] que no merecáis aun entrar en las terceras, le ganaréis más presto la voluntad para llegar a las quintas; y de tal manera le podéis servir desde allí, continuando a ir muchas veces a ellas, que os meta en la misma Morada que tiene para sí, de donde no salgáis más, si no fuereis llamadas de la priora, cuya voluntad quiere tanto este Señor que cumpláis, como la misma suya».

Este punto nos lleva de la mano a la definición de humildad. ¿Qué es la humildad para Teresa de Jesús? Dejemos que nos lo diga con sus palabras:

«Una vez estaba yo considerando por qué razón era Nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y púsoseme delante, a mi parecer sin considerarlo, sino de presto, esto: que es porque Dios es Suma Verdad y la humildad es andar en verdad; que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entienda, anda en mentira, a quien más lo entienda, agrada más a la suma [sic] Verdad, porque anda en ella. Plegue a Dios, hermanas, nos haga merced de no salir jamás de este propio conocimiento. Amén» (M VI, 10).

Esta es la definición que santa Teresa nos lega: «La humildad es andar en verdad». Pero, ¿qué es «andar en verdad»? Se entiende, como dice, que es una verdad muy grande reconocer el hombre que es poca cosa y todo le viene de Dios¹⁸.

En el libro de *La vida*, Teresa describe su experiencia de la verdad, en torno a tres centros: Dios, las Sagradas Escrituras y el alma. Llega a este conocimiento en

¹⁷ Véase la fig. 2, *El Señor de la Humildad y la Paciencia*.

¹⁸ Aunque la construcción sintáctica admite también aplicar esta idea (la miseria del hombre) a la humildad.

«un arrebatamiento de espíritu», como ella lo denomina (V 40, 1- 4). Con respecto a las Escrituras y al alma, sin ver nada, conoce de dónde viene el mal y en qué consiste el amor a Dios del alma, cuando la dijeron: «todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad; no faltará una tilde de ellas» y, después, añade que Dios la dijo: «¿sabes lo que es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a mí» (V 40, 1).

En cuanto a Dios, llega a comprender que el Señor es la misma Verdad¹⁹, que el alma tiene que dejar todo lo que no la lleve a Dios y que andar un alma en verdad es estar delante de la Verdad misma. Así Teresa viene a la definición de Dios:

«No me quedó ninguna sospecha de que era ilusión; no vi nada, mas entendí el gran bien que hay en no hacer caso de cosa que no sea para llegarnos más a Dios, y así entendí qué cosa es andar un alma en verdad delante de la misma Verdad. Esto que entendí es darme el Señor a entender que es la misma Verdad» (V 40, 3).

Andar en verdad un alma es estar delante de Dios (porque la Verdad es Dios). Sigue más adelante explicando esta verdad que entendió, aunque reconoce hacerlo oscuramente, a pesar de la claridad con que quedó esculpida en su alma:

«Esta verdad que digo se me dio a entender, es en sí misma verdad y es sin principio ni fin y todas las demás verdades dependen de esta verdad, como todos los demás amores de este amor y todas las demás grandezas de esta grandeza, aunque esto va dicho oscuro para la claridad con que a mí el Señor quiso que se me diese a entender».

Al definir a Dios con esta expresión «una verdad sin principio ni fin», está definiendo a Dios con las notas de verdad y de eternidad, pues lo que no tiene principio ni fin está fuera del tiempo, es eterno. Teresa de Jesús recoge un pasaje bíblico contenido en el *Apocalipsis de san Juan*, donde Dios se define a sí mismo: «Y díjome: Esto es hecho. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin de todo» (Ap 21, 6).

¹⁹ Georges GRENTE recalca esta idea de la que deducir una verdad práctica «Además, si Dios es la Verdad, tenemos que buscarla y conocerla; no una verdad, vaporosa, fragmentaria [...], sino íntegra, como la disciplina moral que [se] impone a nuestros trabajos y a nuestros placeres», en *Padre nuestro*, p. 65.

En estos episodios de *La vida* referentes a su intuición mística de la Verdad, está la clave de su discurso de la humildad. *El castillo interior o Las moradas*, se terminó de escribir el 29 de noviembre de 1577. Entre ambos libros, *La vida y Las moradas*, han pasado doce años, período de madurez que conduce a Teresa de Jesús a desembocar en la cumbre de su definición: «La humildad es andar en verdad».

VIII. LA LOA DE LA HUMILDAD

La loa de la humildad viene precedida por la alabanza de las virtudes, guerreros contra el mal, alcanza su momento álgido al sentirse Teresa indigna de loarla y acaba con una exhortación a sus monjas en la que el maná es el símbolo de la humildad, que da sabor a todas las cosas. Teresa de Jesús se expresa en estos términos: «¡Oh, soberanas virtudes, señoras de todo lo criado, libradoras de todos los lazos y enredos que pone el demonio, tan amadas de nuestro enseñador Cristo, que nunca un punto se vió sin ellas!» (CP 10, 3). Y a renglón seguido, señala la fortaleza que transmiten y cómo arman estas dos virtudes de la humildad y el desasimiento, reciamente al alma, para combatir con los enemigos: «Quien las tuviere [humildad y desasimiento], bien puede salir y pelear con todo el infierno junto y contra todo el mundo y sus ocasiones».

Insiste, después, en quitar el miedo y los reparos que pudieren tener sus hermanas, en una actitud que persiste fielmente en su obra toda, en *Camino de perfección*, en *Las Moradas*, en *La Vida*: «No ha ya miedo de nadie, que el suyo es el reino de los cielos. No tiene a quién temer, porque nada no se le da de perderlo todo, ni lo tiene por pérdida: sólo teme descontentar a su Dios y suplicarle las sustente en ellas porque no las pierda por su culpa» (CP 10, 3). De esta manera, muestra la Santa Madre la relevancia de la humildad, virtud que, como ya se ha comprobado, es una de los tres principios fundamentales de la Constitución.

Sin embargo, la loa de la humildad adquiere su tono más acendrado cuando Teresa de Jesús se siente indigna de loar la virtud de la humildad, al contemplar la humildad de Jesús, que él mostró fehacientemente en los penosos trabajos padecidos por realizar su plan salvífico y así, rebajándose ella humildemente, señala al Maestro de Humildad: «Mas ¡qué desatino ponerme yo a loar humildad y mortificación, estando tan loadas del Rey de la gloria, y tan confirmadas con tantos trabajos suyos!» (CP 10, 4). Y acaba, en una exhortación dirigida a sus religiosas, representando la humildad -junto con la mortificación- en el símbolo del maná: «Pues, hijas mías, aquí es el trabajar por salir de tierra de Egipto, que, en hallándolas [humildad y mortificación], halláreis el maná; todas las cosas os

sabrán bien, por mal sabor que, al gusto de los del mundo tengan, se os harán dulces» (CP 10, 4).

IX. CONCLUSIONES

La fidelidad a las Sagradas Escrituras y a las enseñanzas del magisterio de la Iglesia es una constante en Teresa de Jesús: lectora asidua de los evangelios alude a ellos con frecuencia, de ahí que las referencias a Lucas, a Marcos y a Mateo y a otras presencias bíblicas se transluzca en tantos pasajes.

Dios aparece como Padre y Esposo y, en ambas identidades, la humildad se manifiesta como fundamento del diálogo entre Padre e Hijo y de la comunicación habida entre la esposa religiosa y el Esposo: la humildad es la base del diálogo.

La humildad es un instrumento, por el cual, al armonizar la convivencia, se alcanza la paz conventual, y es virtud necesaria para las contemplativas y para las no contemplativas.

La insistencia de santa Teresa en la «verdadera humildad» y el «verdadero humilde», constituye un auténtico catálogo de prácticas de humildad, esparcidas en sus escritos. Así, el verdadero humilde es el que condenado sin culpa, calla; el que se tiene en poco; el que no se atreve a igualarse con los mejores en perfección moral y la verdadera humildad procede de Dios y consiste en la imitación de Cristo. En contraposición, muestra la falsa humildad (no aceptar los regalos y dones de Dios, por considerarse indigna o pedir estos regalos sin acatar la voluntad divina) y sus tentaciones, tanto de falta o excesiva confianza en las propias virtudes.

Se sirve la Santa de imágenes familiares y bellísimas, para darse a entender a sus hermanas. La virtud de la humildad se presenta, simbolizada por metáforas definitorias, bien sola (la humildad es el unguento de nuestras heridas, la humildad es el maná), bien en estructura binaria ([la humildad y el desasimiento] son dos hermanas que no hay para que apartarlas). Aunque también la humildad aparece emparejada con otras virtudes o conceptos en estructuras binarias, sin estar vinculadas entre sí por una imagen o metáfora: la humildad y la honra; la humildad y la seguridad: la humildad y el amor y la humildad y la verdad).

El fruto de la oración es el conocimiento que deja de sí mismo y, en consecuencia, la humildad, lograda al contemplar la grandeza de Dios y la pequeñez del hombre que, sin la ayuda de Dios, no alcanza nada por sí mismo. Esta idea, repetida continuamente con diferentes palabras en sus textos, es la

verdad de la oración, la verdad sobre nosotros mismos, que nos deja la verdad de la humildad y Teresa de Ávila se siente indigna de loar la humildad, ante el modelo de Jesús, Maestro de Humildad.

La definición de Dios realizada en *Vida*, a partir de una experiencia mística donde se le revela el misterio de su identidad, «[el Señor] es la Suma Verdad», abre el significado de la definición de humildad, dándole su sentido: si «la humildad es andar en verdad» y la verdad es Dios, la humildad es estar con Dios, entendiendo la relación entre su Grandeza y Majestad y la pequeñez de su criatura.

Decía al inicio de este estudio que deseaba contrastar mi definición con la de la Santa. Coinciden sólo en parte: mi definición se queda en la objetividad de una verdad humana, la de santa Teresa nos eleva a la transcendencia de la verdad, a la Suma Verdad que es Dios.

Teresa de Jesús culmina su discurso de humildad con esta definición, «la humildad es andar en verdad», que deposita, a modo de regalo, en el corazón de las futuras generaciones. Y la Virgen es la guía que nos conduce a Jesús, nuestro Maestro de Humildad.

X. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BIBLIA, *La Sagrada Biblia*, traducida de la *Vulgata Latina* al español por Félix Torres Amat, Edicomunicación, Barcelona 1997.
- COVARRUBIAS, S. de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. De Martín de Riquer, Alta Fulla, Barcelona 1998.
- GRENTE, G., *El Padre Nuestro*, Ediciones Rialp, Madrid 1956.
- GAITÁN DE ROJAS, OCD, José-Damián, *Teresa de Jesús, maestra de oración (filial)*, en *Santa Teresa al habla con el hombre de hoy. Preparando un centenario*, dirigido por Lydia Jiménez, Fundación Universitaria Española, Madrid 2014.
- TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección, edición de Ros García*, Monte Carmelo, Burgos 2008.
- *Camino de perfección, edición de*. M^a Jesús Mancho Duque, Espasa, Madrid 2015.

- *Castillo interior o Las moradas*, introducción de F. Sainz de Robles, Aguilar, Madrid 1970.
- *Las moradas*, introducción crítica de Y. Arencibia, Stella Maris, Barcelona 2015.
- *La vida*, edición de Otger Steggink, Castalia, Madrid 1986.
- OSUNA, F. de, *Tercer abecedario espiritual*, Madrid, Madrid 2013.



